

no hay quien lea, y los pocos que leen no tienen dinero?...

—Naturalmente —decía Ido á cada instante, echando ansiosas miradas en redondo por ver si aparecía la chuleta.

Jacinta entró con un plato en la mano. Tras ella vino Blas con el mismo velador en que había almorzado el señorito, un cubierto, servilleta, panecillo, copa y botella de vino. Miró estas cosas Ido con estupor famélico, no bien disimulado por la cortesía, y le entró una risa nerviosa, señal de hallarse próximo á la plenitud de aquel estado que llamaba eléctrico. La Delfina se volvió á sentar junto á su marido y miraba entré espantada y compasiva al desgraciado D. José. Este dejó en el suelo las cartenas y el *claqué*, que no se cerraba nunca, y cayó sobre las chuletas como un tigre... Entre los mascullones salían de su boca palabras y frases desordenadas. «Agradecidísimo... Francamente, habría sido falta de educación desairar... No es que tenga apetito, naturalmente... He almorzado fuerte... ¿pero cómo desairar? Agradecidísimo...»

—Observo una cosa, querido D. José—dijo Santa Cruz.

—¿Qué?

—Que no masca usted lo que come.

—¡Oh! ¿le interesa á usted que masque?

—No, á mí no.

—Es que no tengo muelas... Como como los pavos. Naturalmente... así me sienta mejor.

—¿Y no bebe usted?

—Media copita nada más... El vino no me hace provecho; pero muy agradecido, muy agradecido...—Y á medida que iba comiendo, le bailaban más el párpado y el músculo, que parecían ya completamente declarados en huelga. Notábanse en sus brazos y cuerpo estremecimientos muy bruscos, como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—Aquí donde le ves—dijo Santa Cruz,—se tiene una de las mujeres más guapas de Madrid.

Hizo un signo á Jacinta que quería decir: «Espérate, que ahora viene lo bueno.»

—¿Es de veras?

—Sí. No se la merece. Ya ves que él es feo adrede.

—Mi mujer... Nicanora...—murmuró Ido sordamente, ya en el último bocado;—la Venus de Médicis... carnes de raso...

—¡Tengo unas ganas de conocer á esa célebre hermosura...!—afirmó Juan.

Don José no había dejado nada en el plato más que el hueso. Después exhaló un hondísimo suspiro, y llevándose la mano al pecho, dejó escapar con bronca voz estas palabras:

—La hermosura exterior nada más... sepulcro blanqueado... corazón lleno de víboras.

Su mirada infundió tanto terror á Jacinta,

que dijo por señas á su marido que le dejara salir. Pero el otro, queriendo divertirse un rato, hostigó la demencia de aquel pobre hombre para que saltara.

—Venga acá, querido D. José. ¿Qué tiene usted que decir de su esposa, si es una santa?

—¡Una santa, una santa!—repitió Ido, con la barba pegada al pecho y echando al Delfín una mirada que en otra cara habría sido feroz.—Muy bien, señor mío. ¿Y usted en qué se funda para asegurarlo sin pruebas?

—La voz pública lo dice.

—Pues la voz pública se engaña—gritó Ido alargando el cuello y accionando con energía.—La voz pública no sabe lo que se pesca.

—Pero cálmese usted, pobre hombre—se atrevió á expresar Jacinta.—A nosotros no nos importa que su mujer de usted sea lo que quiera.

—¡Que no les importa!...—replicó Ido con entonación trágica de actor de la legua.—Ya sé que estas cosas á nadie le importan más que á mí, al esposo ultrajado, al hombre que sabe poner su honor por encima de todas las cosas.

—Es claro que á él le importa principalmente—dijo Santa Cruz hostigándole más.—Y que tiene el genio blando este señor Ido.

—Y para que usted, señora—añadió el desgraciado mirando á Jacinta de un modo que la hizo estremecer,—pueda apreciar la justa in-

dignación de un hombre de honor, sepa que mi esposa es... ¡adúuultera!

Dijo esta palabra con un alarido espantoso, levantándose del asiento y extendiendo ambos brazos, como suelen hacer los bajos de ópera cuando echan una maldición. Jacinta se llevó las manos á la cabeza. Ya no podía resistir más aquel desagradable espectáculo. Llamó al criado para que acompañara al desventurado corredor de obras literarias. Pero Juan, queriendo divertirse más, procuraba calmarle.

—Siéntese, Sr. D. José, y no se excite tanto. Hay que llevar estas cosas con paciencia.

—¡Con paciencia, con paciencia!—exclamó Ido, que en su estado eléctrico repetía siempre la última frase que se le decía, como si la mascase, á pesar de no tener muelas.

—Sí, hombre; éstos tragos no hay más remedio que irlos pasando. Amargan un poco; pero al fin el hombre, como dijo el otro, se va *jaciendo*.

—¡Se va *jaciendo*! ¿Y el honor, señor de Santa Cruz?...

Y otra vez hincaba la barba en el pecho, mirando con los ojos medio escondidos en el casco, y cerrándolos de súbito, como los toros que bajan el testuz para acometer. Las carúnculas del cuello se le inyectaban de tal modo, que casi eclipsaban el rojo de la corbata. Parecía un pavo cuando la excitación de la pelea con otro pavo le convierte en animal feroz.

—El honor—expresó Juan.—¡Bah! el honor es un sentimiento convencional...

Ido se acercó paso á paso á Santa Cruz y le tocó en el hombro muy suavemente, clavándole sus ojos de pavo espantado. Después de una larga pausa, durante la cual Jacinta se pegó á su marido como para defenderle de una agresión, el infeliz dijo esto, empezando muy bajito, como si secretara, y elevando gradualmente la voz hasta terminar de una manera estentórea:

—Y si usted descubre que su mujer, la Venus de Médicis, la de las carnes de raso, la del cuello de cisne, la de los ojos cual estrellas...; si usted descubre que esa divinidad, á quien usted ama con frenesí, esa dama que fué tan pura; si usted descubre, repito, que falta á sus deberes y acude á misteriosas citas con un duque, con un grande de España, sí, señor; con el mismísimo duque de Tal...

—Hombre, eso es muy grave, pero muy grave—afirmó Juan, poniéndose más serio que un juez.—¿Está usted seguro de lo que dice?

—¡Que si estoy seguro!... Lo he visto, lo he visto.

Pronunció esto con oprimido acento, como quien va á romper en llanto.

—Y usted, Sr. D. José de mi alma—dijo Santa Cruz fingiéndose, no ya serio, sino consternado,—¿qué hace que no pide una satisfacción al duque?

—¡Duelos... duelitos á mí!—replicó Ido con sarcasmo.—Eso es para los tontos. Estas cosas se arreglan de otro modo.

Y vuelta á empezar bajito para concluir á gritos:

—Yo haré justicia, se lo juro á usted... Espero cogeros *in fraganti* otra vez, *in fraganti*, Sr. D. Juan. Entonces aparecerán los dos cadáveres atravesados por una sola espada... Esta es la venganza, esta es la ley... por una sola espada... Y me quedaré tan fresco, como si tal cosa. Y podré salir por ahí mostrando mis manos manchadas con la sangre de los adúlteros y decir á gritos: «Aprended de mí, maridos, á defender vuestro honor. Ved estas manos justicieras, vedlas y besadlas...» Y vendrán todos... toditos á besarme las manos. Y será un besamanos, porque hay tantos, tantísimos...

Al llegar á este grado de su lastimoso acceso, el infeliz Ido ya no tenía atadero. Gesticulaba en medio de la habitación, iba de un lado para otro, parábase delante de los esposos sin ninguna muestra de respeto, daba rápidas vueltas sobre un tacón y tenía todas las trazas de un hombre completamente irresponsable de lo que dice y hace. El criado estaba en la puerta riendo, esperando que sus amos le mandasen poner á aquel adfesio en la calle. Por fin, Juan hizo una seña á Blas, y á su mujer le dijo por lo bajo: «Dale un par de duros.» Dejóse condu-

cir hasta la puerta el pobre D. José sin decir una palabra ni despedirse. Blas le puso en la cabeza el primogénito de todos los *clagues*, en una mano las mugrientas carteras, en otra los dos duros que para el caso le dió la señorita; la puerta se cerró y oyóse el pesado, inseguro paso del hombre eléctrico por las escaleras abajo.

—A mí no me divierte esto—opinó Jacinta.—Me da miedo. ¡Pobre hombre! La miseria, el no comer le habrán puesto así.

—Es lo más inofensivo que te puedes figurar. Siempre que va á casa de Joaquín le pinchamos para que hable de la adúultera. Su demencia es que su mujer se la pega con un grande de España. Fuera de eso, es razonable y muy veraz en cuanto habla. ¿De qué provendrá esto, Dios mío? Lo que tú dices, el no comer. Este hombre ha sido también autor de novelas, y de escribir tanto adulterio, no comiendo más que judías, se le reblandeció el cerebro.

Y no se habló más del loco. Por la noche fué Guillermina, y Jacinta, que conservaba la mugrienta tarjeta con las señas de Ido, se la dió á su amiga para que en sus excursiones le socorriese. En efecto, la familia del corredor de obras (Mira el Río, 12) merecía que alguien se interesara por ella. Guillermina conocía la casa y tenía en ella muchos parroquianos. Después de visitarla, hizo á su amiguita una pintura muy patética de la miseria que en la madrigue-

ra de los Idos reinaba. La esposa era una infeliz mujer, mártir del trabajo y de la inanición, humilde, estropeadísima, fea de encargo, mal pergeñada. El ganaba poco, casi nada. Vivía la familia de lo que ganaban el hijo mayor, cajista, y la hija, polluela de buen ver, que aprendía para peinadora.

Una mañana, dos días después de la visita de Ido, Blas avisó que en el recibimiento estaba el hombre aquel de los pelos tiesos. Quería hablar con la señorita. Venía muy pacífico. Jacinta fué allá, y antes de llegar ya estaba abriendo su portamonedas.

—Señora—le dijo Ido al tomar lo que se le daba,—estoy agradecidísimo á sus bondades; pero ¡ay! la señora no sabe que estoy desnudo... quiero decir, que esta ropa que llevo se me está deshaciendo sobre las carnes... Y naturalmente, si la señora tuviera unos pantaloncitos desechados del Sr. D. Juan...

—¡Ah! Sí... buscaré. Vuelva usted.

—Porque la señora doña Guillermina, que es tan buena, nos socorrió con bonos de carne y pan, y á Nicanora le dió una manta, que nos viene como bendición de Dios, porque en la cama nos abrigábamos con toda mi ropa y la suya puesta sobre las sábanas...

—Descuide usted, Sr. del Sagrario; yo le procuraré alguna prenda en buen uso. Tiene usted la misma estatura de mi marido.

—Y á mucha honra... Agradecidísimo, señora; pero créame la señora, se lo digo con la mano puesta en el corazón: más me convendría ropa de niños que ropa de hombre, porque no me importa estar desnudo con tal que mis chicos estén vestidos. No tengo más que una camisa, que Nicanora, naturalmente, me lava ciertas y determinadas noches mientras duermo, para ponérmela por la mañana... pero no me importa. Anden mis niños abrigados, y á mí que me parta una pulmonía.

—Yo no tengo niños—dijo la dama con tanta pena como el otro al decir «no tengo camisa».

Maravillábase Jacinta de lo muy razonable que estaba el corredor de obras. No advirtió en él ningún indicio de las extravagancias de marras.

—La señora no tiene hijos... ¡Qué lástima!—exclamó Ido.—Dios no sabe lo que se hace... Y yo pregunto: si la señora no tiene niños, ¿para quién son los niños? Lo que yo digo... ese señor Dios será todo lo sabio que quieran; pero yo no le paso ciertas cosas.

Esto le pareció á la Delfina tan discreto, que creyó tener delante al primer filósofo del mundo; y le dió más limosna.

—Yo no tengo niños—repitió;—pero ahora me acuerdo. Mis hermanas los tienen...

—Mil y mil cuatrillones de gracias, señora. Algunas prendas de abrigo, como las que repar-

tió el otro día doña Guillermina á los chicos de mis vecinos, no nos vendrían mal.

—¿Doña Guillermina repartió á los vecinos y á usted no?... ¡Ah! descuide usted; ya le echaré yo un buen réspice.

Alentado por esta prueba de benevolencia, Ido empezó á tomar confianza. Avanzó algunos pasos dentro del recibimiento, y bajando la voz dijo á la señorita:

—Repartió doña Guillermina unos capuchoncitos de lana, medias y otras cosas; pero no nos tocó nada. Lo mejor fué para los hijos de la seña Joaquina y para el *Pitusín*, el niño ese... ¿no sabe la señora? ese chiquillín que tiene consigo mi vecino Pepe Izquierdo... un hombre de bien, tan desgraciado como yo... No le quiero quitar al *Pitusín* la preferencia. Comprendo que lo mejor debe caerle á él por ser de la familia.

—¿Qué dice usted, hombre? ¿De quién habla usted?—indicó Jacinta sospechando que Ido se electrizaba. Y en efecto, creyó notar síntomas de temblor en el párpado.

—El *Pitusín*—prosiguió Ido tomándose más confianza y bajando más la voz,—es un nene de tres años, muy mono por cierto, hijo de una tal Fortunata, mala mujer, señora muy mala... Yo la vi una vez, una vez sola. Guapetona; pero muy loca. Mi vecino me ha enterado de todo... Pues como decía, el pobre *Pitusín* es muy salado... ¡más listo que Cachucha y más malo...!

Trae al retortero á toda la vecindad. Yo le quiero como á mis hijos. El señor Pepe le recogió no sé donde, porque su madre le quería tirar...

Jacinta estaba aturdidísima, como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza. Oía las palabras de Ido sin acertar á hacerle preguntas terminantes. ¡Fortunata, el *Pitusin!*... ¿No sería esto una nueva extravagancia de aquel cerebro novelador?

—Pero vamos á ver...—dijo la señorita al fin, comenzando á serenarse.—Todo eso que usted me cuenta, ¿es verdad ó es locura de usted...? Porque á mí me han dicho que usted ha escrito novelas, y que por escribirlas comiendo mal, ha perdido la chaveta.

—Yo le juro á la señora que lo que le he dicho es el Santísimo Evangelio—replicó Ido poniéndose la mano sobre el pecho.—José Izquierdo es persona formal. No sé si la señora lo conocerá. Tuvo platería en la Concepción Jerónima, un gran establecimiento... especialidad en regalos para amas... No sé si fué allí donde nació el *Pitusin*; lo que sí sé es que, naturalmente, es hijo de su esposo de usted, el señor D. Juanito de Santa Cruz.

—Usted está loco—exclamó la dama con arranque de enojo y despecho.—Usted es un embustero... Máchese usted.

Empujóle hacia la puerta mirando á todos lados por si había en el recibimiento ó en los pa-

sillos alguien que tales despropósitos oyera. No había nadie. D. José se deshizo en reverencias; pero no se turbó porque le llamaran loco.

—Si la señora no me cree—se limitó á decir,—puede enterarse en la vecindad...

Jacinta le retuvo entonces. Quería que hablase más.

—Dice usted que ese José Izquierdo... Pero no quiero saber nada. Váyase usted.

Ido había traspasado el hueco de la puerta y Jacinta cerró de golpe, á punto que él abría la boca para añadir quizás algún pormenor interesante á sus revelaciones. Tuvo la dama intenciones de llamarle. Figurábase que al través de la madera, cual si ésta fuera un cristal, veía el párpado tembloroso de Ido y su cara de pavo, que ya le era odiosa como la de un animal dañino. «No, no abro...—pensó.—Es una serpiente... ¡Qué hombre! Se finge loco para que le tengan lástima y le den dinero.» Cuando le oyó bajar las escaleras volvió á sentir deseos de más explicaciones. En aquel mismo instante subían Barbarita y Estupiñá cargados de paquetes de compras. Jacinta les vió por el ventanillo y huyó despavorida hacia el interior de la casa, temerosa de que le conocieran en la cara el desquiciamiento que aquel condenado hombre había producido en su alma.

## V

¡Cómo estuvo aquel día la pobrecita! No se enteraba de lo que le decían, no veía ni oía nada. Era como una ceguera y sordera moral, casi física. La culebra que se le había enroscado dentro, desde el pecho al cerebro, le comía todos los pensamientos y las sensaciones todas, y casi le estorbaba la vida exterior. Quería llorar; ¿pero qué diría la familia al verla hecha un mar de lágrimas? Habría que decir el motivo... Las reacciones fuertes y pasajeras de toda pena no le faltaban, y cuando aquella marea de consuelo venía, sentía breve alivio. ¡Si todo era un embuste, si aquel hombre estaba loco...! Era autor de novelas de brocha gorda, y no pudiendo ya escribirlas para el público, intentaba llevar á la vida real los productos de su imaginación llena de tuberculosis. Sí, sí, sí; no podía ser otra cosa: tisis de la fantasía. Sólo en las novelas malas se ven esos hijos de sorpresa que salen cuando hace falta para complicar el argumento. Pero si lo revelado podía ser una papa, también podía no serlo, y he aquí concluida la reacción de alivio. La culebra entonces, en vez de desenroscarse, apretaba más sus duros anillos.

Aquel día, el demonio lo hizo, estaba Juan mucho peor de su catarro. Era el enfermo más

impertinente y dengoso que se pudiera imaginar. Pretendía que su mujer no se apartara de él, y notando en ella una tristeza que no le era habitual, decíale con enojo: «Pero ¿qué tienes, qué te pasa, hija? Vaya, pues me gusta... Estoy yo aquí hecho una plasta, aburrido y pasando las de Caín, y te me vienes tú ahora con esa cara de juez. Ríete, por amor de Dios.» y Jacinta era tan buena, que al fin hacía un esfuerzo para aparecer contenta. El Delfín no tenía paciencia para soportar las molestias de un simple catarro, y se desesperaba cuando le venía uno de esos rosarios de estornudos que no se acaban nunca. Empeñábase en despejar su cabeza de la pesada fluxión sonándose con estrépito y cólera.

—Ten paciencia, hijo—le decía su madre.— Si fuera una enfermedad grave, ¿qué harías?

—Pues pegarme un tiro, mamá. Yo no puedo aguantar esto. Mientras más me sueño, más abrumada tengo la cabeza. Estoy harto de beber aguas. ¡Demonio con las aguas! No quiero más brebajes. Tengo el estómago como una charca. ¡Y me dicen que tenga paciencia! Cualquier día tengo yo paciencia. Mañana me echo á la calle.

—Falta que te dejemos.

—Al menos ríanse, cuéntenme algo, distráiganme. Jacinta, siéntate á mi lado. Mírame.

—Si ya te estoy mirando. Estás muy guapi-

to con tu pañuelo liado en la cabeza, la nariz colorada, los ojos como tomates...

—Búrlate, mejor. Eso me gusta... Ya te daría yo mi constipado. No, si no quiero más caramelos. Con tus caramelos me has puesto el cuerpo como una confitería. Mamá...

—¿Qué?

—¿Estaré bueno mañana? Por Dios, tengan compasión de mí, háganme llevadera esta vida. Estoy en un potro. Me carga el sudar. Si me desabrigo, toso; si me abrigo, echo el quilo... Mamá, Jacinta, distraedme; tráiganme á Estupiñá para reirme un rato con él.

Jacinta, al quedarse otra vez sola con su marido, volvió á sus pensamientos. Le miró por detrás de la butaca en que sentado estaba. «¡Ah, cómo me has engañado!...» Porque empezaba á creer que el loco, con serlo tan rematado, había dicho verdades. Las inequívocas adivinaciones del corazón humano decíanle que la desagradable historia del *Pitusín* era cierta. Hay cosas que forzosamente son ciertas, sobre todo siendo cosas malas. ¡Entróle de improviso á la pobrecita esposa una rabia...! Era como la cólera de las palomas cuando se ponen á pelear. Viendo muy cerca de sí la cabeza de su marido, sintió deseos de tirarle del cabello que por entre las vueltas del pañuelo de seda salía. «¡Qué rabia tengo—pensó Jacinta apretando sus bonitísimos dientes—por haberme ocultado

una cosa tan grave...! ¡Tener un hijo y abandonarlo así!»... Se cegó; vió todo negro. Parecía que le entraban convulsiones. Aquel *Pitusín* desconocido y misterioso, aquella hechura de su marido, sin que fuese, como debía, hechura suya también, era la verdadera culebra que se enroscaba en su interior... «¿Pero qué culpa tiene el pobre niño...?—pensó después transformándose por la piedad.—¡Este, este tunante...!» Miraba la cabeza, ¡y qué ganas tenía de arrancarle una mecha de pelo, de pegarle un coscorrón!... ¿Quién dice uno?... dos, tres, cuatro coscorriones muy fuertes para que aprendiera á no engañar á las personas.

—Pero mujer, ¿qué haces ahí detrás de mí?—murmuró él sin volver la cabeza.—Lo que digo: hoy parece que estás lela. Ven acá, hija.

—¿Qué quieres?

—Niña de mi vida, hazme un favorcito.

Con aquellas ternuras se le pasó á la Delfina todo su furor de coscorriones. Aflojó los dientes y dió la vuelta hasta ponerse delante.

—Hazme el favorcito de ponerme otra manta. Creo que me he enfriado algo.

Jacinta fué á buscar la manta. Por el camino decía: «En Sevilla me contó que había hecho diligencias por socorrerla. Quiso verla y no pudo. Murió mamá; pasó tiempo; no supo más de ella... Como Dios es mi padre, yo he de saber lo que hay de verdad en esto, y si... (se ahoga-

ba al llegar á esta parte de su pensamiento) si es verdad que los hijos que no le nacen en mí le nacen en otra...»

Al ponerle la manta le dijo: «Abrígate bien, infame»; y á Juanito no se le ocultó la seriedad con que lo decía. Al poco rato volvió á tomar el acento mimoso:

—Jacintilla, niña de mi corazón, ángel de mi vida, llégate acá. Ya no haces caso del sinvergüenza de tu maridillo.

—Celebro que te conozcas. ¿Qué quieres?

—Que me quieras y me hagas muchos mimos. Yo soy así. Reconozco que no se me puede aguantar. Mira, tráeme agua azucarada... templadita, ¿sabes? Tengo sed.

Al darle el agua, Jacinta le tocó la frente y las manos.

—¿Crees que tengo calentura?

—De pollo asado. No tienes más que impertinencias. Eres peor que los chiquillos.

—Mira, hijita, cordera; cuando venga *La Correspondencia*, me la leerás. Tengo ganas de saber cómo se desenvuelve Salmerón. Luego me leerás *La Época*. ¡Qué buena eres! Te estoy mirando y me parece mentira que tenga yo por mujer á un serafín como tú. Y que no hay quien me quite esta ganga... ¡Qué sería de mí sin ti... enfermo, postrado...!

—¡Vaya una enfermedad! Sí; lo que es por quejarte no quedará...

Doña Bárbara entró diciendo con autoridad: —Á la cama, niño, á la cama. Ya es de noche y te enfriarás en ese sillón.

—Bueno, mamá; á la cama me voy. Si yo no chisto, si no hago más que obedecer á mis tiranas... Si soy una malva. Blas, Blas... ¿pero dónde se mete este condenado hombre?

María Santísima, lo que bregaron para acostarle. La suerte de ellas era que lo tomaban á broma. «Jacinta, ponme un pañuelo de seda en la garganta... Chica, no aprietes tanto que me ahogas... Quita, quita, tú no sabes. Mamá, ponme tú el pañuelo... No, quitádmelo; ninguna de las dos sabe liar un pañuelo. ¡Pero qué gente más inútil!»

Pasa un ratito.

—Mamá, ¿ha venido *La Correspondencia*?

—No, hijo. No te desabrigues. Mete esos brazos. Jacinta, cúbrele los brazos.

—Bueno, bueno, ya están metidos los brazos. ¿Los meto más? Eso es, se empeñan en que me ahogue. Me han puesto un baúl mundo encima. Jacinta, quita *jierro*, que el peso me agobia... Pero, chica, no tanto; sube más arribita el edredón... tengo el pescuezo helado. Mamá... lo que digo, hacen las cosas de mala gana. Así no me pongo nunca bueno. Y ahora se van á comer. ¿Y me voy á quedar solo con Blas?

—No, tonto; Jacinta comerá aquí contigo.

Mientras su mujer comía, ni un momento

dejó de importunarla: «Tú no comes, tú estás desganada; á ti te pasa algo; tú disimulas algo... A mí no me la das tú. Francamente, nunca está uno tranquilo... pensando siempre si te nos pondrás mala. Pues es preciso comer; haz un esfuerzo... ¿Es que no comes para hacerme rabiar?... Ven acá, tontuela, echa la cabecita aquí. Si no me enfado, si te quiero más que á mi vida; si por verte contenta firmaba yo ahora un contrato de catarro vitalicio... Dame un poquito de esa camuesa... ¡Qué buena está! Déjame que te chupe el dedo...»

Iban llegando los amigos de la casa que solían ir algunas noches.

—Mamá, por las llagas y por todos los clavos de Cristo, no me traigas acá á Aparisi... Ahora le da porque todo ha de ser *obvio*... *obvio* por arriba, *obvio* por abajo. Si me le traes le echo á cajas destempladas.

—Vaya, no digas tonterías. Puede que entre á saludarte; pero saldrá en seguida. ¿Quién ha entrado ahora?... ¡Ah! me parece que es Guillermina.

—Tampoco la quiero ver. Me va á aburrir con su edificio. ¡Valiente chifladura! Esa mujer está loca. Anoche me dió la gran jaqueca, con que si sacó las maderas *de seis á treinta y ocho reales*, y las *carreras de pie y cuarto á diez y seis reales pie*. Me armó un triquitraque de pies que me dejó la cabeza pateada. No me la entren

aquí. No me importa saber á cómo valen el ladrillo pintón y las alfarjías... Mamá, ponte de centinela, y aquí no me entra más que Estupiñá. Que venga Placidito, para que me cuente sus glorias cuando iba al portillo de Gilimón á meter contrabando y á la bóveda de San Ginés á abrirse las carnes con el zurriago... Que venga para decirle: «lorito, daca la pata».

—¡Pero qué impertinente! Ya sabes que el pobre Plácido se acuesta entre nueve y diez. Tiene que estar en planta á las cinco de la mañana. Como que va á despertarse al sacristán de San Ginés que tiene un sueño muy pesado.

—Y porque el sacristán de San Ginés sea un dormilón, ¿me he de fastidiar yo? Que entre Estupiñá y me dé tertulia. Es la única persona que me divierte.

—Hijo, por amor de Dios, mete esos brazos.

—Ea, pues si no viene Rossini, no los meto y saco todo el cuerpo fuera.

Y entraba Plácido y le contaba mil cosas divertidas, que siento no poder reproducir aquí. No contento con esto, quería divertirse á costa de él, y recordando un pasaje de la vida de Estupiñá que le habían contado, decíale:

—Á ver, Plácido: cuéntanos aquel lance tuyo cuando te arrodillaste delante del sereno creyendo que era el Viático...

Al oír esto, el bondadoso y parlanchín anciano se desconcertaba. Respondía torpemente

balbuciendo negativas, y «¿quién te ha contado esa paparrucha?» A lo mejor, saltaba Juan con esto: «¿Pero di, Plácido, tú no has tenido nunca novia?»

—Vaya, vaya, este Juanito—decía Estupiñá levantándose para marcharse—tiene hoy ganas de comedia.

Barbarita, que tanto apreciaba á su buen amigo, estaba, como suele decirse, al quite de estas bromas que tanto le molestaban. «Hijo, no te pongas tan pesado... deja marchar á Plácido. Tú, como te estás durmiendo hasta las once de la mañana, no te acuerdas del que madruga.»

Jacinta, entre tanto, había salido un rato de la alcoba. En el salón vió á varias personas, Casa-Muñoz, Ramón Villuendas, D. Valeriano Ruiz-Ochoa y alguien más, hablando de política con tal expresión de terror, que más bien parecían conspiradores. En el gabinete de Barbarita y en el rincón de costumbre, halló á Guillermina haciendo obra de media con hilo crudo. En el ratito que estuvo sola con ella, la enteró del plan que tenía para la mañana siguiente. Irían juntas á la calle de Mira el Río, porque Jacinta tenía un interés particular en socorrer á la familia de aquel pasmarote que hace las suscripciones. «Ya le contaré á usted; tenemos que hablar largo.» Ambas estuvieron de cuchicheo un buen cuarto de hora, hasta que vieron aparecer á Barbarita.

—Hija, por Dios, ve allá. Hace un rato que te está llamando. No te separes de él. Hay que tratarle como á los chiquillos.

—Pero mujer, te marchas y me dejas así... ¡qué alma tienes!—gritó el Delfín cuando vió entrar á su esposa.—Vaya una manera de cuidarle á uno. Nada... lo mismo que á un perro.

—Hijo de mi alma, si te dejé con Plácido y tu mamá... Perdóname, ya estoy aquí.

Jacinta parecía alegre, Dios sabría por qué... Inclínose sobre el lecho y empezó á hacerle mimos á su marido, como podría hacérselos á un niño de tres años.

—¡Ay, qué mañosito se me ha vuelto este nene!... Le voy á dar azotes... Toma: este, por tu mamá; este, por tu papá, y este grande... por tu parienta...

—¡Rica!

—Si no me quieres nada.

—Anda, zalamera... quien no me quiere nada eres tú.

—Nada, en gracia de Dios.

—¿Cuánto me quieres?

—Tanto así.

—Es poco.

—Pues como de aquí á la Cibeles... no; al Cielo... ¿Estás satisfecho?

—*Chá.*

Jacinta se puso seria.

—Arréglame esta almohada.

—¿Así?

—No; más alta.

—¿Está bien?

—No; más bajita... Magnífico. Ahora ráscame aquí, en la paletilla.

—¿Aquí?

—Más abajito... Más arribita... ahí... fuerte...

¡Ay, niña de mi vida; eres la gloria eterna!...

¡Qué dicha la mía en poseerte!...

—Cuando estás malo es cuando me dices esas cosas... Ya me las pagarás todas juntas.

—Sí, soy un pillo... Pégame.

—Toma, toma.

—Cómeme...

—Si que te como, y te arranco un bocado...

—¡Ay! ¡ay! no tanto, caramba. ¡Si alguien nos viera!...

—Creería que nos habíamos vuelto tontos rematados—observó Jacinta riéndose con cierta melancolía.

—Estas simplezas no son para que las vea nadie...

—¿Cierras los ojos? Duérmete; a... rrorró...

—Eso es; quieres que me duerma para echar á correr á darle cuerda á esa maniática de Guillermina. Tú eres responsable de que se chifle por completo, porque le fomentas el tema del edificio... Ya estás deseando que cierre yo los ojos para irte. Más que estar conmigo te gusta el palique. ¿Sabes lo que te digo? Que si mo

duermo, te tienes que estar aquí, de centinela, para cuidar de que no me destape.

—Bueno, hombre, bueno; me estaré.

Quedóse aletargado; pero en seguida abrió los ojos, y lo primero que vieron fué los de Jacinta, fijos en él con atención amante. Cuando se durmió de veras, la centinela abandonó su puesto para correr al lado de Guillermina, con quien tenía pendiente una interesantísima conferencia.